

ron durante todo el siglo XVIII. La «Guía» defiende una doctrina de la aniquilación de las pasiones y de la voluntad, a la manera del nirvana budhista. En Francia encontró algunos partidarios religiosos y mundanos; su celebridad europea coincidió con las famosas disputas entre Fanelón y Bossuet, aprovechando este último para acusar al primero de quietismo y publicar algunos escritos famosos sobre el asunto (1).

Felizmente, y para honor del agonizante siglo de oro, tres grandes ingenios se dan cita a su cabecera: Quevedo, Saavedra Fajardo y Gracián.

El señor de la Torre de Juan Abad, Don Francisco de Quevedo y Villegas, nació en Madrid en 1580 y allí murió en 1645. Talento universal y de una asombrosa fecundidad, ninguno le iguala en su siglo por la agudeza del ingenio, la riqueza de imaginación, la perfección de estilo, la profundidad filosófica y la originalidad inagotable. Sin haber escrito una obra maestra extraordinaria—un Quijote, un Organon, una Comedia, una Suma, un Fausto—reveló sobresalientes aptitudes en todos los géneros: no es aventurado afirmar que en un medio propicio habría contado

(1) *Bossuet*: «Instruction sur les états d'oration», «Les erreurs des faux mystiques de nos jours». «Relation sur le quietisme», etc., en «Obras».

entre las dos docenas de grandes genios que honran á la humanidad entera (1). En la España teocrática su pensamiento vivió apocado por la dictadura intelectual; en la Madrid de los Felipes III y IV ocupóse en disputar de culteranismo y conceptualismo, sin que el defender á éste le impidiera contagiarse de aquél. Y, por fin, hizo chistes. Muchos chistes. Y escribió las «Gracias y desgracias del etc.»

Por ellos fué admirado durante dos siglos; destino trágico para quien llevó dentro de sí, alternándolos, un Cervantes, un Maquiavelo, un Luciano, un Tomás. Pues Cervantes firmaría su «Buscón», Maquiavelo su «Política de Dios», Luciano sus «Sueños» y Tomás su «Providencia de Dios». Justo Lipsio le llama «la mayor prez y la más alta gloria de los españoles».

Quevedo, graduado en teología á los quince años y docto humanista á los veintitrés, malgastó su tiempo durante medio siglo; acaso le habría bastado vivir lejos de Madrid, y ajeno al

(1) «Más de la cuarta parte de los españoles eran en aquel tiempo frailes, monjas y ermitaños. El resto no parecía que era sino de galanes caballeros, de lacayos y de pícaros». *Juan Valera*: «Estudios Críticos sobre filosofía y religión». Tomo XXXIII de «Obras», estudio sobre Quevedo, pág. 188. (1914.)

ambiente cortesano, para no malograrse. Eruditísimo, conocía varias lenguas vivas y muertas; le eran familiares la historia y las letras clásicas, el derecho y la teología, los filósofos griegos y los padres latinos. Con todo ello no supo librarse de cultivar el retruécano, la hipérbole y el equívoco.

Quevedo no tuvo una filosofía, en ningún sentido. Es admirable como satírico-moralista, admirable como escritor ascético y político. Si alguna orientación moral se acentúa en sus obras serias, es la estoico-cristiana; no se contagió de la amoralidad de los casuistas, no obstante haber cultivado con celo la influyente amistad de los jesuitas. Esta circunstancia, y su incesante profesión de ortodoxia en materia dinástica y religiosa (de muy discutible espontaneidad), dieron cierta impunidad á sus escritos satíricos, á menudo escandalosos; no tanta, sin embargo, que se librara de conocer la cárcel por imputársele una sátira política que no había escrito.

Sobre Quevedo han escrito los más eminentes críticos españoles y no pocos extranjeros; con el andar del tiempo el conocimiento de sus obras más importantes ha borrado su primitiva reputación de humorista licencioso (1).

(1) La edición completa de sus obras ha sido ordena-

Erudito y mundano, con visión de los asuntos públicos pocas veces igualada en España, Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648), natural de Algezares y alumno de Salamanca, inicióse tempranamente en los negocios de estado y diplomáticos. Obligado por razón de su oficio á vivir fuera de la península, fué sensible á muchas tendencias europeas que apenas tenían eco en su patria. Algunos le consideran como el primer escritor del reinado de Felipe IV; lo es, sin duda, por la vastedad de su pensamiento político, más consistente que el del propio Quevedo. Sus «Empresas Políticas», de forma alegórica, revelan gran experiencia del arte de gobernar y pueden resistir el parangón de las más famosas obras de filosofía políticas publicadas en su tiempo. Son de menor vuelo, aunque denotan igual ingenio, el diálogo «Locuras de Europa», la República literaria», etc.

La tortura del lenguaje en algunos escritos, y la ausencia de originalidad substancial en otros, no bastan para quitar á Baltasar Gracián de Morales (1601-1658) el primer rango entre los mo-

da é ilustrada con valiosos comentarios por D. Aureliano Fernández Guerra.—D. Américo de Castro ha prologado la reciente edición de «El Buscón», publicada por «La Lectura», de Madrid.

ralistas españoles de su siglo. Natural de Calatayud, fué profesor en el seminario jesuítico de Tarragona; una laboriosa vida permitióle adquirir gran erudición literaria, de la que supo sacar eficaz partido para sus escritos personales. Sus obras características muéstranle bajo aspectos muy distintos y reflejan dos periodos de su evolución intelectual. Culterano extremo, sus dos primeros ensayos, «El héroe» y «El Discreto», son recopilaciones de máximas y pensamientos, encadenados por un estilo artificial y quebradizo; este primer Gracián fué llevado por sus inclinaciones literarias á redactar el tratado «Agudeza y Arte de Ingenio», en que la retórica y poética de su escuela son eruditamente sistematizadas. Pertenece á ese período el «Oráculo Manual y Arte de Prudencia», del mismo género que los dos primeros, muy inferior á la fama que le dió en Alemania una muy acreditada traducción de Schopenhauer, que probablemente le admiró en contra de alguien. Su obra fundamental de estilo menos atormentado que las precedentes, fué «El Criticón», interesantísima alegoría que basta para cimentar su fama de crítico moralista. Un salvaje es conducido á España por un naufrago y tiene ocasión de conversar acerca de las cosas y de los hombres; consta la obra de tres partes, correspondientes á la juventud, la

madurez y la vejez. Mal podría indicarse una doctrina moral ó filosófica propia de Gracián; no la tuvo. Su mérito, como pensador, consiste en cierta unidad de criterio moral—un desdeñoso escepticismo—para apreciar los hombres y la sociedad. Sinopsis singular de fuentes heterogéneas, Gracián acaba por adquirir una personalidad propia como estilista y como pensador; su «Criticón», siendo antes obra literaria que filosófica, merece un puesto de honor en las bibliotecas de los moralistas. Entre los eruditos fué siempre tenido en gran valimiento y algunos lo admiran sin reservas.

El crepúsculo cultural era ya noche sombría al fallecer Carlos II el Hechizado (1700). Entre las ruinas del formidable imperio teocrático había caído el siglo de oro literario, entregado desde entonces á la paciente rumiación de los eruditos; los pueblos, sin presente y sin esperanzas de porvenir, entréganse á vivir del pasado. La escolástica española, ya insignificante en el siglo xvii, descendiendo aún más, si es posible, en el xviii; la dictadura católica ha enmudecido á los mismos teólogos (1).

(1) *Saint Simon*, en sus «Memorias», refiere las siguientes palabras que le dijo el Arzobispo de Toledo en 1717. «Poco á poco Roma nos ha, no subyugado, sino

Distraéanse algunos en aprovechar sus artes dialécticas discutiendo de problemas inútiles; hácenlo, por lo general, sin originalidad. El atomismo del padre Manuel Maignan llegó á reunir en España algunos discípulos oscuros: Diego Mateo Zapata, Francisco de la Paz, Pedro Miranda Elizalde, Juan de Nájera y pocos más. El teólogo Alejandro de Avendaño se pronuncia por él en sus «Diálogos filosóficos», etc., y le ataca el aristotélico Fray Francisco Palanco, autor de diálogos contra los innovadores en filosofía (1714). El médico y teólogo Juan Martín de Lessaca, profesor de Alcalá, acumula sorprendentes disparates en el mismo sentido en sus «Formas ilus-

---

anonadado, á punto de que ya nada somos en nuestras diócesis. Simples frailes inquisidores, dan lecciones; ellos se han apoderado de la doctrina y de la autoridad... Cuanto respecta á las buenas costumbres corre por cuenta de la inquisición... El papa es diocesano inmediato de todas nuestras diócesis, y nosotros no somos sino sus simples vicarios consagrados y mitrados únicamente para hacer curas y funcionarios; si en algo nos mezclamos, somos ciegamente sometidos á la inquisición, á la nunciatura, á todo lo que viene de Roma. Si un obispo los disputationara en lo más mínimo, el castigo vendría incontinenti, sin que se admita ninguna alegación o excusa, pues se nos exige una sumisión muda y torpe. La prisión, el envío de obispos atados y agarrotados á la inquisición, y aun á Roma, son ejemplos muy raros ac-

tradas á la luz de la razón, etc.»; y para demostrar que es tan ignorante médico como absurdo teólogo, combate con igual inconciencia el atomismo y la circulación de la sangre descubierta por Servet. El docto valenciano Tomás Vicente Tosca interviene con su «Compendium philosophicum» (1721), en que da razón, por mitades, á peripatéticos y atomistas. Martín Martínez es más explícito en «Philosophia sceptica» (1730), pues tiene el buen sentido de creer insolubles esas disputas metafísicas que entretienen á los dialécticos de su tiempo, entregándose á otras curiosas y más interesantes disquisiciones. En otros sentidos — puramente eruditos — pueden anotarse algunos nombres. Gabriel Alvarez de Toledo publicó un solo tomo de su «Historia de la Iglesia y del Mundo» (1713), mejor como teología filosófica que como historia. El jesuíta catalán Juan Bautista Gener publicó seis tomos de una vastísima «Enciclopedia teológico-escolástica, dogmática, positiva y moral», etc., etc., que no llegó a su término. Enrique Flórez, teólogo ortodoxo, introdujo cierto criterio crítico para depurar la historia eclesiástica española. Algún renombre alcanzó el teólogo gallego Manuel

---

tualmente; como antes fueran frecuentes, nadie se atreve ya á correr el menor riesgo.»

Ventura de Figueroa. El deán Manuel Martí fué autor de un interesante ensayo sobre la psicología de las pasiones. En 1742 se publicó la «Censura de historias fabulosas», escrita en el siglo anterior por el sevillano Nicolás Antonio, é inspirada por cierto sentido científico. Y á estos pocos nombres—superfluos los más de ellos—podría agregarse el del portugués Martínez Pascual (1715-1779), místico á su manera y cabecilla de la secta de los iluminados ó martinistas, que intentó establecer un rito masónico-religioso en que se mezclaban curiosamente las supercherías de la alquimia con las de la cábala y del catolicismo (1).

Durante el reinado de Felipe V (1701-1746), borbón, educado en la corte de su abuelo Luis XIV, sintióse alguna influencia francesa en las letras castellanas. El benedictino Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro (1676-1764), profesor de teología tomista en Oviedo, manifestó francas tendencias de reacción contra los dialécticos y la escolástica de su tiempo; tenía aptitudes para ser un Jordán Bruno, faltándole probablemente la ocasión de serlo. No fué menos original el jesuíta José Francisco Isla (1703-1781), profesor de teo-

(1) Ver *Munk*: «La philosophie mystique en France à la fin du dixhuitième siècle», París, 1866.

logía en los colegios de su Compañía, autor de un célebre Quijote de la oratoria religiosa: «Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas». Los nombres de Feijóo é Isla desuellan por otros merecimientos en la historia de las letras castellanas.

Después de Fernando VI (1746-1759), la herética teocracia, inaugurada por los Reyes Católicos, no consigue impedir la penetración de la cultura europea. Con Carlos III se inicia la lucha por el Renacimiento científico y filosófico, prolongada hasta nuestros días y siempre vencida por la Iglesia contra los heraldos de una España Nueva; las semillas—se han probado todas—han caído en terreno infecundo. De esos nobles esfuerzos, á que están vinculados los nombres más gloriosos de la moderna España intelectual, nos ocuparemos detenidamente en la próxima conferencia; ellos representan, en España, las mismas tendencias filosóficas que han contribuido á la formación del pensamiento argentino, nacido como directa consecuencia de las reformas de Carlos III. Pero en España su lucha ha sido más difícil, contrastadas siempre por la tradición teocrática de tres siglos; diríase que las cenizas de los «quemaderos» inquisitoriales han esterilizado el suelo de la península para toda filosofía que no fuera la escolástica, allí tras-

plantada al terminar la Edad Media en Europa.

#### V.—SINOPSIS

La segunda escolástica, expulsada de Europa por el Renacimiento, fué á agonizar en la España teocrática unificada bajo la hegemonía de Castilla, durante el período que corre desde los Reyes Católicos hasta el reinado de Carlos III. El escolasticismo, cuyo apagamiento en Europa coincide con la Reforma, se rehizo en España como una antireforma y tomó el carácter de teología católica, de base tomista, culminando en el ilustre jesuíta Francisco Suárez. Al principio, esa corriente fué compensada por Luis Vives y algunos pensadores erasmistas, reformistas é independientes; pero éstos fueron vencidos. La España ortodoxa cerró sus puertas al renacimiento científico y filosófico, sobradamente satisfecha con el amanecer de su magnífico siglo de oro literario.

Desde el siglo XVI coexisten esas culturas antitéticas: dos nacionalidades dentro de la

misma España. La una, siempre dominadora, prolonga la Edad Media en los tiempos modernos y sobrevive todavía. La otra, siempre vencida, lucha por el renacimiento y la europeización cultural. Suárez y Vives las representan y simbolizan: la España de ayer y la España de mañana. La verdad revelada y el libre examen; la fe dogmática y la filosofía fundada en la experiencia.

Encendidos los quemaderos del Santo Oficio, quedó proscrita toda alta cultura divergente del dogma enseñado en las Universidades fosilizadas por el espíritu teológico. Erasmistas y protestantes fueron perseguidos hasta acabar con sus heterodoxias. Servet fué á morir en los quemaderos calvinistas de Ginebra. Montes de Oca fué á enseñar á Padua. Fox Morcillo inventó un prudente eclecticismo platónicoaristotélico. Arias Montano fué perseguido, lo mismo que su defensor Juan de Mariana. Dos médicos, Huarte y Gómez Pereira, se atrevieron á mirar en los dominios naturales del espíritu humano, que el magnífico Luis Vives había explorado ya; las obras de los tres fueron al *Index*.

La condición social de esa España está admirablemente retratada en la novela picaresca, la más original creación del espíritu peninsular. Apagados los fuegos de artificio que dieron la

ilusión del imperio teocrático universal, se inició una profunda decadencia.

El siglo de oro literario no fué áureo para las ciencias y la filosofía. Tres ingenios consiguieron brillar en su crepúsculo. El inmenso Quevedo, esterilizado por el medio; el sesudo Saavedra Fajardo, que vivió los más de sus años fuera de la península; el atildado Gracián, moralista agudísimo.

Después, hasta el reinado de Carlos III, la sombra es densa: la España teocrática duerme. En sus trágicos sueños — trágicos como sus siniestros Habsburgos — un peligroso fantasma parece espantarla: Europa. En esos siglos el alma castellana aprende á repeler la cultura europea, enemiga de la suya medioeval. Sobre las ruinas del gran imperio se consolida el llamado espíritu tradicionalista, admirativo de la ignorancia autóctona y de la pobreza gloriosa, contra el cual librarán sus batallas culturales todos los renacentistas y europeístas que se suceden desde tiempos de Carlos III hasta la hora reciente de Joaquín Costa, Francisco Giner y Ramón y Cajal.

Por una triste fatalidad — triste para España y para América — esa era la filosofía del país conquistador cuando ocurrió el descubrimiento de América, sin que este juicio amengüe la cul-

minación magnífica de sus letras ni la fortuna de sus conquistadores. Los nombres de Vives, de Cervantes, de Calderón, de Velázquez, bastan á honrar la memoria de la nación que permaneció ajena al renacimiento científico y filosófico de Europa.